

CESAR ZUMETA

**EL CONTINENTE
ENFERMO**

CARACAS, 1961

Resumen Latinoamericano

000054

TEMAS AMERICANOS

EL CONTINENTE ENFERMO *

"La libertad de las Antillas españolas es el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la República Norteamericana".

JOSE MARTI.

¿Peligra la independencia de las Repúblicas de la América intertropical?

Ominosos presagios lo anuncian y no hay indicio de que los pueblos amenazados se apresten a conjurar la catástrofe.

Históricamente la era inaugurada para nuestra América con la victoria de Ayacucho ha sido cerrada con las jornadas de Manila y de Santiago.

En 1823-1824 nuestra independencia fue afirmada por el triunfo de las armas libertadoras, y garantida por las declaraciones que hicieron a Europa, Canning, en nombre de Inglaterra, y Monroe, en el de los Estados Unidos.

Contenida la Santa Alianza, y ocupada luego Europa con el proceso postnapoleónico de la restauración, las rectificaciones de fronteras y los sucesivos acomodamientos de su equilibrio interno provocados por las cuestiones de Oriente, de la unidad italiana y de la hegemonía de Prusia, no corría riesgo de agresión extraña

* Publicado en folleto, Nueva York, 1899. Sin pie de imprenta. El ejemplar conservado en el archivo de Zumeta tiene dos ligeras correcciones, adoptadas aquí. (N. del E.)

nuestra independencia, mientras los Estados Unidos repudiaran la pretensa legitimidad del derecho de conquista.

En 1899, a raíz de Manila y de Santiago, los Estados Unidos declaran que poseían a Filipinas por derecho de *conquista* y, rota de hecho la tradición democrática que había sido una de las grandes fuerzas morales, y acaso la mayor honra de la República del Norte, se incorporó esta nación al grupo de las potencias colonizadoras.

El criterio democrático americano ha sido sustituido con el criterio monárquico europeo; y el resto de la América queda a la merced de las fuerzas complejas y múltiples que pone en juego el nuevo orden de cosas.

Las necesidades del progreso moderno les imponen a los grandes Estados industriales, como condición de mantenimiento de su poderío, el deber de activar la producción de las materias primas de que sus industrias se alimentan, y el de estimular, al propio tiempo, el comercio de sus productos.

Por cuanto es constante que esa doble capacidad productora y consumidora crece en cada pueblo en razón directa del grado de civilización alcanzado por ese pueblo, la tendencia moderna en la lucha por más amplios mercados, es la adquisición de territorios incultos, a fin de elevar, teóricamente al menos, el nivel de la civilización entre los pobladores de lo conquistado y explorar sus riquezas.

De ahí la repartición de las regiones bárbaras del Africa y del dominio de las viejas civilizaciones del Asia, a fin de colonizarlas o simplemente de aplicarles los sistemas políticos y fiscales que promueven el intercambio de productos. Precisamente en los momentos en que toca a su fin la tarea de delimitar las esferas de influencia en las tierras subyugadas, comparecen los Estados Unidos, como un gran factor más, declarándose heredero del imperio colonial de España, por razón de conquista, en Puerto Rico y Filipinas, y por anexión o protectorado, en Cuba.

Repartido ya el resto del mundo, los ojos ávidos se vuelven hacia la posesión de la América afligida, según Muhlhall, *por terremotos y revoluciones*; y la diplomacia europea solicitará necesariamente la anulación o modificación de la Doctrina Monroe, y el

arreglo con los Estados Unidos de un *modus vivendi* adaptable a la política imperialista de la Casa Blanca.

Esas negociaciones con su arreo de partijas territoriales versarán sobre el dominio de la América tropical, de sus canales marítimos, sus grandes vías fluviales, y las selvas cuasi vírgenes de sus hoyas hidrográficas.

Inútil es alegar cuestiones de derecho, cuando se trata de cuestiones de hecho.

La ley de las naciones no es tomada en serio sino entre las potencias cuyas fuerzas se equilibran; y como el único derecho que no prescribe es el de la fuerza, los tratadistas universalmente reconocidos en definitiva son Armstrong, Bange, Krupp.

La doctrina aceptada en el día presente puede ser enunciada así:

Los pueblos que no saben o no pueden explotar las riquezas de su suelo, y poblar las soledades que el acaso geográfico, o el político, encerró dentro de sus fronteras, menoscaban en esa medida la labor universal, y es altamente moralizador que los más aptos y laboriosos ocupen lo que la incuria mantiene ocioso. Los bosques son del leñador; los campos de quien los cultiva; los ríos de quien los canaliza y navega. Es la brega inmemorial de los pueblos y las razas que representan las más avanzadas formas del progreso, contra los pueblos y las razas que representan los infinitos matices del estancamiento y la barbarie.

Y se pretende aplicarnos esa doctrina porque en Europa y en la América del Norte prevalece el criterio de que somos inhábiles para fomentar los territorios que poseemos, según lo requieren los fines de la civilización actual.

Tal arraigo y universalidad ha cobrado ese pensamiento, que en el libro más reciente que sobre la materia se ha publicado³² ya no se discute la oportunidad y conveniencia de expoliarnos, sino se estudia el sistema de vasallaje político y administrativo a que ha de sometérseos.

Dice Kidd: "Lo que se disputaban las naciones, era la posesión de la tierra habitable por la raza blanca. Se inicia ahora otra gran

32. *The Control of the Tropics*. The MacMillan Co., New York.

rivalidad, la de heredar los trópicos, no en el sentido de poseerlos, porque ya los pueblos más civilizados de la tierra han dejado atrás ese criterio, sino en el de dominar esas regiones, según determinado plan”.

Es, pues, tiempo de estudiar por cuáles medios hemos de conservar nuestra independencia.

* * *

*...Dov'è la forza antica,
dove l'armi, e il valore, e la costanza?
.....
Nessun pugna per te? non ti difende
nessun de' tuoi?*

LEOPARDI.

Dos eran los deberes que nos imponía nuestra calidad de Estados independientes y soberanos durante el ciclo transcurrido: la explotación de la riqueza pública para los fines del desenvolvimiento nacional, y la solución pacífica o violenta, cuando los medios pacíficos hubieren fallido, de los problemas de la política interna.

Cuanto a política exterior, aparte la celebración de tratados de comercio y amistad y la fijación de fronteras, el deber primordial era acordarse entre sí las repúblicas de América, en el sentido de obtener una definitiva interpretación y promulgación de la doctrina Monroe, a fin de incorporarla a nuestro derecho público y hacerla perder su carácter exclusivamente norteamericano por virtud del cual constituía, en principio, una limitación de la soberanía de las demás repúblicas del continente.

El siglo agoniza sin que hayamos llenado esos deberes.

El carácter de nuestra política interna y externa ha sido la improvisación.

Desoídas fueron las voces que se alzaron aconsejando el agrupamiento de estos pueblos en una o varias confederaciones para la común defensa de su soberanía y resguardo de su integridad territorial.

Ni los gobiernos ni los partidos ni la prensa se han propuesto con alta seriedad un plan viable, una propaganda eficaz. Cada vez que el pensamiento ha surgido en las esferas oficiales han faltado

{ 22 }

aquel calor de convicción, aquella energía de propósito que, propagándose por contagio, determinan los grandes movimientos populares.

En el ánimo público cobró cuerpo la idea de que el peligro de desaparecer por absorción existía sólo en cerebros de pesimistas. El mito de que nuestras cualidades guerreras, las quiebras de nuestras montañas, el clima tórrido y sus insectos y sus pestes bastarían a dar razón del invasor, aquietó el sobresalto en los espíritus y, al arrullo de nuestras tradiciones de gloria, nos dormimos en el enervamiento de un fatalismo oriental, corruptor e ignaro.

La hora crítica de nuestra existencia nacional nos sorprende desapercebidos a la defensa.

En más de uno de nuestros países, el bosque y la maleza han recobrado tierra que les fue arrebatada por el hacha y la roza durante la colonia: faltas de cultura intensiva han permanecido relativamente improductivas nuestras zonas agrícolas y criadoras; inexploradas están las selvas y el subsuelo opulento; entregadas a un cultivo único y dando de mano a otros pingües y prometedores (plantas textiles, caña, algodón, añil, tabaco, caucho, trigo) hemos logrado que hasta el orden público dependa, en veces, de las fluctuaciones en el mercado de un fruto; por el afán de contratos con especuladores extranjeros hemos estimulado las más voraces formas del peculado, y por el monopolio hemos ahogado, en la cuna, las industrias; nos hemos hechos tributarios de banqueros y contratistas londinenses pagando cincuenta, ciento, y más, por lo que malamente vale uno; hemos atraído aventureros de ínfima ralea que se jactan de saber por cuáles medios se obtiene la aquiescencia de ciertos altos funcionarios; fluctuando entre la anarquía y la dictadura hemos hecho precarias las garantías individuales, y la propiedad, y la vida, y, en consecuencia, la gran corriente migratoria mediterránea, adaptable y asimilable a nuestra zona y nuestra raza, ha fluido al Norte y al Sur, y esquivó nuestras costas. Nos alimenta hasta de frutos menores el Norte, y nos viste el resto del mundo.

Con excepción de Venezuela, el papel moneda y la plata han minado nuestras fuerzas, y sin excepción alguna, las reclamaciones internacionales y los empréstitos han paseado por el continente el espectro de la bancarrota, y nos han impuesto dolorosas derogaciones de derecho.

{ 23 }

010057

Así, en la postergación de todas nuestras potencialidades, y en el estímulo a todas las desviaciones de nuestras energías; con un incremento vergonzante de comercio, de producción y de población, y un aumento asombroso de la deuda pública; enamorados de altos ideales y reacios a practicarlos; adoradores de la fuerza como árbitro supremo; descalabrado el crédito; desprestigiadas la judicatura, la magistratura y las virtudes democráticas, nos hemos sentado al festín de la vida como niños que rehuyen los alimentos fuertes por estarse a golosinas y a postres. Prestos a ofrecernos en holocausto a toda causa, olvidados de cuanto concierne a nuestro propio interés de pueblo y de raza, vamos nuestro camino cantando y guerreando como los bohemios del siglo y de la historia, y haciendo posibles los juicios severos que formulan respecto a nosotros los pensadores y publicistas europeos y anglosajones.

Tal es el extenso pliego de cargos formulable contra la América intertropical, a las postrimerías de la primera centuria de su vida independiente.

Alegan estos datos los que sustentan la doctrina septentrional de que es físicamente imposible crear una civilización progresiva en los trópicos. Postulado extremo a cuyo deplorable pesimismo contestan otros, con optimismo también extremo, "que el eje de la civilización universal volverá a situarse en los trópicos,"³³ y que debemos tender a imitar a los septentrionales.

33. Aun cuando no se acepte ninguna de las varias teorías que de Humboldt a Whitney han sido propuestas, acerca de cambios climatéricos ocurridos durante el período histórico, según las cuales la temperatura media del planeta es más elevada hoy que para la época de la aparición de los grandes imperios, subsiste el hecho de que el Egipto septentrional, centro del poder y la cultura de ese pueblo; el alto Punjab, de donde surgió la civilización indostánica; la Mesopotamia, Irán, no pertenecen por razón del clima a la zona tórrida.

Las líneas isotérmicas que ligan los focos de todas las civilizaciones antiguas y modernas, señalan un mínimo de 4° y un máximo de 22° (centígrado) y forman una zona templada fuera de la cual el historiador del progreso humano, nada o casi nada tiene que buscar para su obra.

Pero aun cuando Egipto, y la Caldea, y la India estuviesen fuera de esos isotermos, estarían dentro de la gran ley según la cual el hombre no prospera en el sentido de la actividad productora y del desarrollo armónico de la libertad y el orden, sino allí donde el medio físico le impone implacablemente, como condición de vida, el trabajo, la previsión y la economía. Olvidemos que la vecindad del Himalaya, con sus perpetuas nieves, enfría

La verdad parece más bien estar entre estas dos afirmaciones igualmente aventuradas. El conjunto de las ciencias históricas nos enseña que la civilización no ha sido ni podrá ser jamás una en el planeta, sino varía de clima en clima, aun bajo la acción de un mismo centro político; y que los países tropicales deben aspirar únicamente a la que les es peculiar. El esfuerzo hecho por los habitantes de una región no puede ser mayor de lo que el suelo y el clima de esa región requieran. Por tanto, la intensidad de la lucha por la vida crece, necesariamente, a medida que el hombre se aleja de la línea ecuatorial, en la misma razón en que va haciéndose más pobre el suelo y más inclemente el clima. A esa diferencia de intensidad en el esfuerzo corresponde una diferencia de aceleración en la resultante que es el progreso. Es, pues, en grado de aceleración, en lo que tienen por fuerza que diferir las civilizaciones del trópico de las del septentrión.

Cualesquiera que sean las razas pobladoras, en la zona tórrida no imperará sino una civilización lentamente progresiva: cualquiera que fuese el esfuerzo hecho por assimilarla a la de las zonas templadas, fracasaría a la postre, vencido por algo inmanente e inexorable que nos obliga a mantenernos dentro del cuadro de la vida que el medio nos demarca; y que únicamente nos exige a propender a vivir en el decoro de la paz y el trabajo, a hacernos fuertes dentro de nuestra propia casa, y a ligarnos todos contra el invasor extraño.

una de esas regiones; olvidemos la altura del Punjab; rechacemos la hipótesis basada en la precesión de los equinoccios; queda en pie el hecho de las inundaciones periódicas o cuasi periódicas del Tigris y el Eufrates, del Indus y el Ganges y del padre Nilo, inundaciones que obligaron a los moradores de esas comarcas a proveer en tiempo sus graneros, y a fundar civilizaciones que no desaparecieron sino al contacto de otras más fuertes y resistentes.

Sitúese el eje del mundo prehelénico de Babilonia a Tebas, hágasele girar luego hasta darle la dirección de Atenas a Roma, y véase que no fue nunca paralelo al Ecuador ni estuvo comprendido dentro de los trópicos.

Según un autor ruso, cuyo nombre he olvidado, pero cuyos trabajos merecieron la aprobación sin reserva de Eliseo Reclus, esa línea media es hoy el isoterma 10°, en el cual están situados Chicago, Nueva York, Londres, Odesa y Pekín.

En América la línea partía de las alturas de los Andes peruanos y pasando por las altiplanicies pobladas por los Muiscas, iba a Palenque y México.

¿Estamos nosotros cumpliendo con ese deber? ¿Contribuimos a la labor común del progreso? Esto es de suma importancia, ya que la solidaridad humana exige el esfuerzo común de todos los pueblos y todas las razas, so pena de que los flojos y los rezagados desaparezcan, o caigan bajo la ruda tutela del más fuerte.

Recordemos que no es nuestro criterio a este respecto el que importa conocer, porque no es ese el que priva en el mundo, ni el que entraña peligros para nosotros. Veamos cuál es la opinión de los extranjeros.

El criterio oficial, demostrado está en la forma en que en ciertos casos nos imponen sus decisiones. El de los financistas, lo marcan las cotizaciones de nuestro crédito interior y exterior.

La prensa juzga "que somos incapaces de los altos requerimientos del progreso" y nos considera "semicivilizados". Esta opinión la suscriben los enciclopedistas británicos, y la comenta el publicista M. Godkin diciendo que "la masa en la América española es muy ignorante, y las clases dirigentes muy reducidas y muy corrompidas".

En Alemania se alude corrientemente a la necesidad de someterlos. Odioso sería multiplicar las citas, y baste copiar la opinión que postula Kidd en su reciente monografía ya citada, respecto a nuestra inhabilidad para explotar, ni menos civilizar nuestro territorio: "Corporaciones y sindicatos extranjeros irresponsables manejan tras los depositarios del poder público las grandes empresas, y tienden al dominio político. Sólo dos palabras describen la situación: anarquía y bancarrota". Cita luego, aprobándolas, estas frases que copia del *Harper's* de Nueva York: "Son repúblicas en el nombre, pero en el hecho son campamentos militares desorganizados. El gobierno no tiene continuidad ni prestigio. Una casa exportadora, una empresa ferrocarrilera, o un banco de tres al cuarto, extranjeros, se le imponen al Ministro de Finanzas, al Presidente, al Gobierno todo y, a veces, le dictan la ley al país.

Cecil Rhodes recomienda la conquista inmediata de la América española que, opinan otros, es incapaz de ofrecer resistencia digna de ser tomada en cuenta.

Otro, y terminemos, nos recuerda las palabras de Lecky:

"La prosperidad de las naciones se basa en la honestidad de la vida doméstica, en la integridad mercantil, en un alto patrón de

dignidad moral y de espíritu público, hábitos sencillos, valor, honradez y aquella solidez y moderación de juicio que resulta tanto del carácter como de la inteligencia. ¿Quiere saberse si una nación progresa o decae? Obsérvese qué cualidades son más estimadas en la vida pública. ¿Los hombres llamados a los más altos puestos son personas de cuya conducta puedan hablar jueces competentes con genuino respeto? ¿Son sinceros en sus convicciones y de integridad indisputable? ¿Qué grado de estimación merece el buen proceder? Es observando esta corriente moral como puede hacerse el horóscopo de un pueblo".

Termine ahí la lista negra. Lo que no hemos hecho, dijo con razón Martí, es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas heredadas.

Bien sabemos que no están exentos de vicios en los ojos, los pueblos que señalan la paja en el nuestro. Vicios tienen ellos, pero equilibrados por virtudes que redimen: debilidades los atormentan, pero exhiben energías mayores que los llevan hacia adelante en los caminos del progreso.

Sabemos que también nosotros, en medio de muy hondas desventajas, tenemos una fuerza que sabiamente disciplinada es incontestable: nuestra redentora, nuestra salvaje soberbia de independencia. Pero sepamos, además, que esa fuerza entregada a sí propia es insuficiente para la defensa; y que si la enumeración de nuestros extravíos no prueba que seamos inhábiles para defendernos, sí demuestra que debemos recurrir *incontinenti* a utilizar todas las fuerzas vivas de la raza, ante la inminencia del riesgo, a fin de librarnos de la infamia de ser arrebiatados, a título de factorías, a estas colosales agrupaciones de miserias, o lacrimosas o maldicientes, y de opulencias cínicamente despóticas. Hijos del trópico, debemos amarlo tal como él es, por sobre toda otra región del globo, y ser capaces de guardarlo contra estas civilizaciones del becerro de oro, en donde unos centenares de señores oprimen a millones de siervos asalariados, y se vive como en un infierno, en la perpetua agitación de míseras codicias, urgidos por el miedo al hambre; civilizaciones de banca, iglesia y cuartel, salvadas sólo por el puñado de sabios, de artistas y de soñadores que arroja sobre tanta desnudez la vestimenta de luz del ideal.

* * *